

gunas recurrencias en personajes como Germán Vargas, Marvel Moreno y García Márquez, a quien, por cuestiones de honor literario más bien ajeno, aún no ha conocido, prefiere referirse a libros o escritores casi siempre extranjeros, ya olvidados y no necesariamente canónicos, pero que impactaron en un momento de su historia personal o nacional. Asimismo, otros objetos y objetivos de las miradas cándidas y bizcas de Bacca son el cine de los años cincuenta y sesenta, la música de esa misma época, ciertas manifestaciones de la cultura popular (el cómic, la radio, el carnaval, los reinados, el mito de Gaitán), así como el destino histórico de las principales ciudades de la región (su natal y rezagada Santa Marta, su amada, anti-histórica y bulliciosa Barranquilla, la Cartagena aún amurallada, donde, hasta los espías son objetos de leyenda y ese siempre vivo monumento a la peste del banano llamado Ciénaga).

Lo anterior no obsta la presencia de algunos motivos cosmopolitas concebidos a partir de la visión que propician los filmes y los libros: París y Berlín, por ejemplo, dan lugar a crónicas elaboradas con un cariño sustancial, no exento, sin embargo, de un necesario humor autocrítico. De modo concreto, al referirse al mito de conocer la Ciudad Luz, característico de los intelectuales latinoamericanos, el cronista evoca con nostálgica sorna el París de sus películas:

Los que nos quedamos aquende el océano vivíamos el París del Trópico de Cáncer, cantábamos las canciones de Edith Piaff y de Jackeline François, y disfrutábamos cuando en una de las secuencias de Las Nieves del Kilimanjaro Ava Gardner se aproxima a Gregory Peck y le pide lumbre. Ava dice entonces: "Salgamos de aquí que este sax me está matando". Y cuando salen se encuentran frente a un Notre Dame "como de película". A los nostálgicos de París, en ese instante nos faltaba la respiración. [pág. 102]

Por todo lo propuesto, "casi veinte años después" de su primera aparición en libro, no cabe más que suscribir la sabia apreciación de Germán Vargas al explicar la peculiaridad de estas crónicas en el ámbito del periodismo colombiano:

En una prensa tan seria, tan solemne como la colombiana, en la cual muchos de los llamados humoristas son apenas chistosos, el humor de Ramón Illán Bacca se destaca por su gracia singular, por su cabal eficacia, mediante la cual logra que en el lector se dibuje una sonrisa que le invade toda la cara. [pág. x].

Eso sí, reiterando mi apunte respectivo, me atrevo a sugerir un nuevo rótulo que, si bien no desvirtúa el prólogo del indiscutible maestro del grupo de Barranquilla, sí pueden precisar su intención expresiva: las crónicas de Ramón no se hallan "Entre lo barroco y lo chévere", son, simple y llanamente, "baccanerías".

ANTONIO SILVERA
ARENAS



Sexo crónico

¿Sex o no sex?

Alonso Sánchez Baute
Planeta, Bogotá, 2005, 196 págs.

A primera vista no es fácil definir qué llama más la atención entre la curva de la carátula o el título que parafrasea la frase más famosa del teatro universal. Tanto la curva como el título le dan paso a un libro de crónicas alrededor del sexo en Colombia, sin afares científicos, estadísticos o de encuesta. Según el autor, las doce crónicas que componen este libro pretenden "ampliar el conocimiento—en la medida de lo posible— de lo que actualmente sucede en Colombia alrededor de este vedado y vetado tema" (pág. 13), aclara, además, que las cró-

nicas carecen de cualquier juicio moral por parte suya. Y claro, si de hacer crónica moralista se tratara mejor no recurrir a Alonso Sánchez Baute, ganador del Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2002, precisamente con una novela que a cualquier moralista sonrojaría y a los menos moralistas quizá divirtió con el humor y el desparpajo del inolvidable Edwin Rodríguez. La historia de *Al diablo la maldita primavera* también se centra alrededor del tema del sexo, pero a través de los ojos de un personaje gay al que no le tiembla la lengua para criticar a sus congéneres.



Para aproximarse a esta nueva publicación el lector debe dar por hecho que las crónicas que va a leer son reales. Deberá abordarlas creyendo en lo que se le cuenta. Aunque los nombres de los protagonistas hayan sido cambiados, porque al autor no le "interesa que la reflexión recaiga sobre un nombre concreto" (pág. 15) y, por lo tanto, el origen de las fuentes no sea del todo claro, las precarias herramientas de credibilidad que tiene el lector podría encontrarlas en las historias mismas; se dan nombres de lugares concretos de la ciudad, como bares, lugares de cruce o intercambio sexual, prostíbulos, entre otros. Por otro lado, debe acercarse a su manera a las crónicas, ojalá sin prejuicios de ningún tipo, pues están escritas de una manera sincera y directa. Y aunque se trate de personas que hablan acerca de su intimidad sexual sin eufemismos, tampoco encontrará pornografía u obscenidad. Se trata de crónicas con un lenguaje directo, pero que no choca.

Cada crónica tiene título y protagonista propio. El único vínculo que guardan es el protagonismo de lo sexual. Cuatro parejas: una de 'niños bien' pasados de drogas y amantes de tríos y orgías, otra compuesta por un joven y un travesti, otra de lesbianas mayores y, por último, la de un sujeto cornudo y su esposa; y ocho casos individuales: un hiperdotado, un homosexual feo, un eyaculador precoz, una joven hermosa sin vida sexual, un putaño confeso, un transformista heterosexual, un militar retirado que gusta de soldados de provincia y una mujer con sida. Los protagonistas son hombres y mujeres entre los veinte y los setenta años, la mayoría colombianos. Sus experiencias alrededor del sexo están influidas por los medios de comunicación, lo que han heredado de la tradición y sus propios traumas y conflictos. La mayoría asume con libertad y naturalidad su sexualidad, aunque exista todavía mucha ingenuidad e ignorancia y sigan siendo muy comunes los mitos y tabúes.

El machismo, en hombres y mujeres, es una de las actitudes más comunes. En la crónica titulada "Lo que importa es el tamaño", Nancy la esposa del protagonista, un costeño que sobrevive gracias al tamaño de su pene, exhibiéndose y prostituyéndose, afirma que los homosexuales son promiscuos y aunque tiene un par de amigos gays los discrimina. Lo curioso es que su esposo se ha ganado la vida vendiendo su cuerpo tanto a mujeres como a hombres (eso sí en el rol de activo, aclara él), pero para ella su esposo no es promiscuo porque no es gay, "él lo que es, es un mujeriego" (pág. 46). Alberto Julio, el esposo, pese a que reconoce que le gusta brindarle placer a los homosexuales aclara que jamás les toca el miembro.

Cierto tono trágico y de soledad prevalece en otras crónicas. Por ejemplo en "La soledad de un cuarto oscuro", su protagonista, Freddy, es un muchacho homosexual continuamente rechazado debido a su fealdad. Su baja autoestima y su soledad lo han inducido al suicidio en más de una ocasión. Esta crónica se

destaca porque maneja un sentido de crítica frente al banal universo gay: "los gays no quieren amigos feos, ni amanerados, ni pobres, ni negros, ni indios. Sólo quieren un mundo lindo lleno de gente linda" (pág. 145). En "Niño precoz", Santos Peñuela sufre el peso del desprecio debido a su problema de eyaculación precoz. Para él la culpa no es suya, sino que él es una víctima de la insaciabilidad sexual de la mujer moderna: "Su tesis es que él es responsable de su propia sexualidad y, por lo tanto, de su placer, pero que las mujeres no pueden pretender, 'de manera egoísta', que sean los hombres quienes deben encontrar el famoso punto G o procurarles un orgasmo" (pág. 123).



El tema del sexo se aborda tanto desde opiniones personales como desde opiniones de pareja. La pareja de jóvenes de "Pabellón de quemados", asume el sexo desde una perspectiva en la que todo está permitido menos el engaño. El sexo se vuelve compañero necesario de fiestas y drogas, se participa en tríos y orgías. Hablan con desparpajo y critican la mojigatería. Un matrimonio más adulto protagoniza el tema de la infidelidad, esta vez femenina; la crónica se titula "¿Monsieur Bobary?" y trata de un esposo que ante la infidelidad de su mujer prefiere hacerse el de la vista gorda, antes que reconocerse débil o cornudo: "Los hombres siempre saben cuando las mujeres son infieles (...) pero lo callan para no ser vistos como alguien débil que se deja cachonear; algo parecido a lo que hacemos las mujeres cuando callamos que estamos casadas con un mal amante" (pág. 169).

La última pareja, la de "Primavera en otoño", está compuesta por un par de mujeres maduras, la una separada la otra viuda, que de ser amigas pasan a ser amantes con la tranquilidad que da la sabiduría de los años, sin afanes, sin necesidad de exhibirse o regodearse.

Los temores con respecto al "qué dirán" y al rechazo también son frecuentes, por eso algunos de los protagonistas sólo consiguen salir del clóset a medias. En "Mariposa nocturna", Marcos, un joven universitario que se enamora de un travesti pese a sus prejuicios morales, no se atreve a hablar a sus padres de su relación y sus salidas con Merlina, su pareja travesti, son sólo nocturnas. En esta crónica se enuncia también una visión deformada de la mujer, propia de una sociedad machista: "Merlina hablaba de su necesidad sin límites de complacer a los hombres; de su entrega a una única e indivisible relación en la que el hombre, cual león, fuera dueño absoluto de su misterio; de su deseo de servirle, amarle y respetarle de una forma bíblica, pues a partir del momento de la entrega sexual sentía que le pertenecía por entero a su pareja. Sí, era cierto: ésta era la mujer que estaba buscando, la misma que mis padres me enseñaron a respetar" (pág. 92), "Merlina sabe que lo que a los hombres les gusta de las travestís es su feminidad. Por eso ella se arregla para su hombre, se deja consentir y 'hasta maltratar como una manera de entender el amor del macho dominante'" (págs. 97-98).

El punto de vista personal es frecuente en las crónicas, aunque también puede haber opiniones de familiares o amigos, que el autor usa, según explica, como guías o para corroborar las historias. En "El síndrome de Marilyn", Julieta renuncia a las relaciones sexuales, pues se cansa de ser un objeto sexual, y dedica toda su energía a sus triunfos personales. Bruno, el protagonista de "A las puertas del cielo", sólo sostiene relaciones sexuales con prostitutas, pues sus amigas le parecen demasiado artificiales. Por el contrario las prostitutas le parecen

naturales, seres capaces de brindar ternura y comprensión: “Con las putas he aprendido mucho más de la condición humana que con cualquiera de las que se dicen ‘niñas bien’ y que, tal cual las describe Sam Shepard en su poema, no son más que puro jajajás. De hecho, una niña bien no es más que una mujer que desde muy joven aprendió a fingir que es feliz (...) lo que pasa es que las putas no saben de diplomacia, lo cual celebro” (pág. 86). Para Gonzalo, protagonista de “El placer de D’Eon”, que se define como un “heterosexual 100%”, su mayor placer sexual está en vestir ropas femeninas. Su nombre de travesti es Paula Mounts y hasta tiene una página web a la que le escriben personas con gustos similares. Este capítulo tiene un apartado donde se clasifica por grupos a los hombres que gustan vestir de mujer. Esta distribución aclara usuales equivocaciones nominales respecto a los travestis.



El tema de “Soldaditos de plomo” son las relaciones sexuales dentro y fuera de un batallón. El protagonista es un militar retirado y homosexual que, a medida que nos va contando su despecho, nos cuenta también cómo funcionan los intercambios homosexuales en los batallones. El tema se maneja en términos de necesidad y soledad: “Para ellos el recuerdo de un sexo rápido y la compañía de una noche próxima es la esperanza de cada semana de riguroso entrenamiento” (pág. 75). La crónica que concluye el libro y quizá la más trágica y optimista a la vez se titula “Sexo en tiempos de sida”; es la historia de Nancy

Salgado, una joven de un barrio popular de Bogotá, a quien el VIH le roba la vida de sus hijos y su esposo. La crónica maneja desde una perspectiva humana el conflicto del sida en un matrimonio tradicional.

En las crónicas conviven las voces de los protagonistas y del autor narrador; la narración rara vez tiene diálogos. Por lo general, las historias giran alrededor de un tema o problemática específicas, todo esto acompañado de anécdotas o referencias al pasado de los personajes. Algunas veces se cruzan con comentarios del autor que siempre trata de mantener cierta distancia crítica sin conseguirlo, pues muchas de sus preguntas y comentarios traicionan el objetivo. Las crónicas, además, no tienen siempre un orden argumental, la escritura resulta descuidada, en especial en “Mariposa nocturna”. Una falla que no se puede pasar tiene que ver con las referencias a algunos de los espacios geográficos mencionados en el libro. El autor explica continuamente esas referencias, lo que demuestra cierto complejo de subordinación; si el tema es sexo en Colombia y los entrevistados son en su mayoría colombianos, sea cual sea la nacionalidad del lector, son innecesarias las constantes explicaciones del tipo: “viajaron a Girardot, un pueblo de tierra caliente en cercanías de Bogotá” (pág. 105) o la repetición que hace en una misma crónica de la localización de un barrio: “en las calles del barrio Meissen en la bogotana localidad de Ciudad Bolívar” (pág. 175), “localizado en el barrio Meissen, pleno corazón de Ciudad Bolívar” (pág. 182).

Sánchez Baute reúne en este libro una serie de experiencias variopintas alrededor del sexo. Por las crónicas de este libro circulan temas siempre de moda como las drogas, el homosexualismo, el travestismo, la infidelidad, el sida, el lesbianismo, la prostitución, el fetichismo y el exhibicionismo, entre otros. Presenta, además, situaciones como el rechazo y la discriminación hacia el homosexualismo, el travestismo y, en general, a las actitudes sexuales diferentes a las heterosexuales; la

ignorancia, incluso analfabetismo, de muchos colombianos en temas de sexo (para algunos de los protagonistas de las crónicas, su enciclopedia sexual parte de telenovelas como “Todos quieren con Marilyn” o de la revista Soho), conduce al rechazo de tendencias por considerárselas anormales o enfermas.



Las crónicas plantean temas que incitan la reflexión y la discusión, aunque esto no va más allá del simple planteamiento. Un libro comparable a *¿Sex o no sex?* que logra combinar historias y experiencias interesantes, junto con un sentido crítico y reflexivo alrededor del sexo en Colombia, es *Colombia erótica* (2002) de Francisco Celis Albán, en donde el autor va un poco más allá de la anécdota y presenta un material sobre comportamientos y actitudes sexuales en Colombia, no sólo en la actualidad, sino desde la evolución de estas actitudes a lo largo de los años. Se enfoca el tema desde diferentes perspectivas: miradas de médicos, psiquiatras, abogados, académicos, entre otros; cuyas opiniones, puestas al comienzo, dan un tono de credibilidad al texto. En la segunda parte la perspectiva se enfoca en el mundo de los homosexuales, con entrevistas a un militar, un cura, una lesbiana, un travesti, entre otros, los cuales cuentan sus experiencias en un país marcado por la doble moral. La tercera parte se enfoca en el terreno de la prostitución, miradas de mujeres de todos los estratos sociales que se dedican

al oficio por diferentes circunstancias. Y una cuarta parte con entrevistas a personas cuyo trabajo se relaciona, de alguna manera, con el sexo, o que han sido centro de polémica por lo mismo, actores, periodistas, un *stripper*, un taxista, entre otros. Por último, Celis Albán enumera una cronología sobre noticias importantes en torno al sexo en el país en los últimos doscientos años.

Los dos libros dan cuenta de tópicos y problemáticas similares, puesto que se trata del mismo tema y del mismo país. Sin embargo, la pretensión de *Colombia erótica* es un poco más seria, pues profundiza en los temas que presenta de forma profesional. Sánchez Baute, por su parte, enfoca el tema desde un punto de vista más libre, tanto porque los entrevistados cuentan sus historias libremente, como porque la reflexión es en últimas tarea del lector.

Con *¿Sex o no sex?* reaparece la escritura de Alonso Sánchez Baute en un ámbito diferente a la ficción, y más ligada a su relativa e intermitente experiencia como periodista y columnista. Aún se esperan las tres novelas y la compilación de cuentos cortos de los que se tuvo noticia por la solapa de su novela publicada.

CARLOS SOLER



En las puras entrañas de la literatura

Los caballitos del diablo

Tomás González

Editorial Norma, Bogotá, 2006,
178 págs.

Tomás González (Medellín, 1950) ha publicado hasta ahora cuatro novelas, un libro de cuentos y uno de poesía. En mi parecer, González es un excelente narrador. Alguien que escribe historias con gran facilidad. O que parecen haber sido escritas así, aunque el lector debe suponer la lucha del escritor por hacer de su esti-

lo algo fácil y de buen calado. Ese es el triunfo de un escritor.

En orden de aparición, *Los caballitos del diablo* es su cuarta novela (2003) y se encuentra en una línea bastante similar respecto a sus títulos anteriores: *Primero estaba el mar* (1983), *Para antes del olvido* (1987) y *La historia de Horacio* (2000). En estas novelas subyacen destinos aciagos, aunque no pueda decirse que las narraciones se empecinan en mostrarnos seres grises y fatales, carentes de vitalidad y de alegría. Como la vida, en esos personajes se cruzan circunstancias que dan al traste con sueños y proyectos que buscaban, por el contrario, reivindicar la existencia y sacudir el tedio, las rutinas y la inercia. La acción de sus personajes, la recreación de los espacios y de los paisajes, y el tiempo en el cual transcurren las historias, pertenecen al entorno y al discurrir, en general, de la región antioqueña, reconocible sobre todo por el lenguaje que hablan los protagonistas y por las necesarias alusiones a los nombres de ciudades y pueblos. Es decir, el autor habla de lo que mejor conoce, y narra por medio de personajes que identifica cabalmente y que lo sustentan a él, lo habitan y lo hablan, como ocurre a menudo con los buenos novelistas: hay un montón de gente en la sola sombra que proyectan.

Aunque no puede hablarse estrictamente de una saga en las novelas de Tomás González, sí hay en ellas un ambiente y un *modus operandi* que va tras cada libro, tras cada historia de sus novelas y de sus cuentos. Aun en sus poemas (casi nunca coincide en un mismo pellejo un buen narrador y un buen poeta) se respira la reciedumbre, la embriaguez de paisajes agrestes y formidables, el borde de la tragedia y el abismo que existen ya en sus prosas.

En *Los caballitos del diablo* ronda una suerte de misterio alrededor del protagonista, quien es nombrado sólo con el pronombre “él” (“el que se pierde entre la vegetación”, como es aludido permanentemente) y encarna la incertidumbre y el nerviosismo que va apoderándose pau-

latinamente de la casa y de su entorno. Ésta fue comprada por “él” en el campo, pero muy cerca del agite urbano, siendo una constante, a lo largo de todo el libro, un dicente encabezado que desde el principio dice: “Bajo el humero brillante se movían en la ciudad, abajo, las letras de cambio, las deudas, los cobros. En los cafés la gente hablaba de cheques devueltos, utilidades, porcentajes (...)”. Un poco más adelante: “Abajo la gente de vez en cuando se mataba. Pasaban buses repletos de gente, rumbo a fábricas, colegios. En los cafés se hablaba de cheques devueltos, utilidades, porcentajes (...)”, y hacia el final: “sobre las cuatro cuerdas giraba el grupo de palomas. Abajo, en los cafés y heladerías, la gente hablaba de negocios, asesinatos (...)”. Dos hermanos del desasosgado protagonista son asesinados en el transcurso del relato, aunque lejos de su casa, uno en Urabá y el otro en el Valle del Cauca.



La enorme casa que reconstruye, palmo a palmo, con solo dos ayudantes, es casi de dimensiones míticas. Levanta muros y ventanales, instala palomeras, amplía espacios por los cuatro costados, adhiere habitaciones, pone baldosines, decora, adecúa nuevos jardines, siembra sin cesar en la amplia tierra que le da café, frutas, hortalizas y flores, además de criar animales. Va y viene sin parar por la casa, por los jardines, siembra, recoge. Pilar, su mujer, pinta sobre los muros, en baldosas, teje tapices, hace retratos de él; los visitan los familiares que viven cerca y se asombran ante la magnitud de